

Mas por otro lado alumbraba tambien funesta estrella á los franceses. Verificóse la anunciada expedicion anglo-rusa contra Holanda, desembarcando en aquel país á fines de agosto (1799) treinta y siete mil ingleses y diez y siete mil rusos. El general Brune, que mandaba el ejército franco-bátavo, despues de un obstinado combate en el terrible pantano de Zip, ocupado por diez y siete mil ingleses (8 de setiembre, 1799), se vió obligado á retirarse á Amsterdam. El almirante inglés Mitchell se apoderó de toda la marina holandesa, ganada de antemano por los emisarios del príncipe de Orange.

Indecible era la irritacion que en París se iba apoderando de los ánimos, segun que iban llegando las noticias de estos nuevos desastres. Los patriotas pedian la adopcion de los grandes medios revolucionarios, como en 1793. La imprenta, con la libertad absoluta que se le habia permitido, prodigaba injurias á gobernantes y generales, y difundia el terror. En el Consejo mismo de los Quinientos habia doscientos jacobinos, entre ellos el frenético Augereau. En el Directorio estaban Gohier y Moulin. Aproximábase á aquel partido el ministro de la Guerra Bernadotte; éralo el gobernador de la plaza de París; no inspiraba confianza el ministro de la policia Bourguignon, y los periódicos y los elubs atizaban el fuego en las regiones del poder y en las masas populares. Tenia no obstante mayoría en el Directorio el partido constitucio-

nal y templado, representado en Sieyes, que contaba con Roger Ducós, y á quien despues de mucha vacilacion se adhirió Barrás, que veia en él mas porvenir que en el partido patriota. Conociendo estos hombres la necesidad de ser enérgicos para defender la Francia y defenderse á sí mismos del furor de los jacobinos, separaron al ministro de la Policia, nombrando en su lugar á Fouché, con cuyo auxilio cerraron el club del Picadero, y después el salon de la calle de Bac, donde se habian trasladado los demagogos (4); destituyeron al gobernador de París Marbot, espidieron auto de prision contra los directores de once periódicos embargando sus prensas; supusieron haber hecho Bernadotte dimision del ministerio de la Guerra y se la admitieron. Todo lo cual produjo alborotos y gritos de parte de los patriotas ardientes, que exclamaban: ¡violencia, dictadura, tiranía! Jourdan hizo la proposicion de que se declarára la patria en peligro, la cual no fué aprobada.

Nada podemos ni debemos nosotros añadir á la pintura que hace de la situacion de la Francia un historiador de aquella nacion en el siguiente animado cuadro. «Era completa, dice, la desorganizacion bajo

(4) Estas medidas, y principalmente la clausura de la reunion del Picadero, que el embajador español atribuia, como hemos visto, á consejo suyo, fueron tomadas al decir de uno de los mas autorizados historiadores franceses, á consecuencia de un informe del diputado del consejo de los Ancianos Courtois, el mismo que habia dado el informe sobre el 9 de thermidor, y con acuerdo de la comision de inspectores aprobado por el mismo consejo.

» todos aspectos, y la república, batida en lo exterior  
 » por la liga y casi trastornada interiormente por los  
 » partidos, parecia amenazar inminentemente ruina, y  
 » era preciso que se levantára un poder en cualquiera  
 » parte, bien fuese para reprimir á las facciones, bien  
 » para resistir á los estrangeros; mas no podia esperar-  
 » se ya ese poder de ningun partido vencedor, porque  
 » todos se hallaban igualmente aniquilados y desacre-  
 » ditados; solo podia buscarse en el centro de los ejér-  
 » citos donde reside la fuerza, y fuerza silenciosa, re-  
 » gular y gloriosa, como conviene á una nacion cansa-  
 » da de la violercia de tantas luchas, y de la confusion  
 » de pasiones tan diversas. En medio de tan completa  
 » disolucion, todas las miradas se dirigian á los hom-  
 » bres que se habian distinguido durante la revolu-  
 » cion, pareciendo buscar un caudillo. *«Basta de char-  
 » latanes, exclamó Sieyes; lo que aqui se necesita es una  
 » cabeza y una espada.»* Cabeza ya la tenian en el Di-  
 » rectorio, y se pensaba en la espada. Hoche habia  
 » muerto; Joubert, tan recomendable para todos los  
 » amigos de la república por su juventud, sus buenos  
 » deseos y su heroismo, acababa de espirar en Novi:  
 » Moreau, reputado por el mayor guerrero de los ge-  
 » nerales que quedaron en Europa, dejó cierta impre-  
 » sion de un carácter frio, indeciso, poco emprende-  
 » dor, y no muy inclinado á tomar sobre sí un cargo  
 » de gran responsabilidad. Massená, uno de nuestros  
 » mas célebres generales, no habia conseguido aun la

» gloria de ser nuestro salvador, ni tampoco se adver-  
 » tia en él mas cualidad que la de guerrero. Augereau  
 » era un hombre turbulento; Bernadotte inconstan-  
 » te; y ninguno tenia bastante celebridad.

» Un personage grandioso habia, que reunia todas  
 » las glorias; que ademas de cien victorias habia con-  
 » seguido una dichosa paz; que levantó la Francia á  
 » la mayor grandeza en Campo-Formio, y que al ale-  
 » jarse parecia haber llevado consigo la fortuna. Este  
 » hombre era Bonaparte: pero se hallaba en lejanos  
 » países, y su nombre resonaba en los ángulos del  
 » Oriente. El solo seguia siendo vencedor, y fulmina-  
 » ba en las orillas del Nilo y del Jordan los rayos con  
 » que en otro tiempo habia amedrentado á la Europa  
 » en el Adige. No bastaba que fuese glorioso, sino que  
 » se le queria interesante, y se le pintaba desterrado  
 » por una autoridad desconfiada y celosa. Mientras se  
 » labraba como aventurero un nombre tan grande co-  
 » mo su imaginacion, se le creia un ciudadano sumiso  
 » que pagaba con victorias el destierro á que le conde-  
 » naron. *«¿Dónde está Bonaparte? decian. Su vida ya  
 » aniquilada se está consumiendo en un clima abrasa-  
 » dor, mientras que si se hallase entre nosotros, no se  
 » veria amenazada la república de tan inevitable ruina.  
 » La Europa y las facciones le respetarian á un mismo  
 » tiempo.»* Corrian acerca de él voces siniestras... atri-  
 » buíanle gigantescos planes..... etc.»

Pero Bonaparte, de quien nadie sabia nada en

Francia; Bonaparte, que despues de la declaracion de guerra de la Turquía habia continuado en Egipto y en Siria combatiendo gloriosamente contra turcos, árabes é ingleses, en aquella série de memorables batallas que le hicieron tan célebre y tan temible en Africa y en Asia, como le habian hecho sus anteriores triunfos en Europa; el conquistador de Alejandría y del Cairo, el vencedor de las Pirámides, de El-Arisch, de Jaffa y del monte Tabor, el sitiador de San Juan de Acre, el que acababa de deshacer y aniquilar el segundo ejército turco en Abukir, allí donde un año ántes habia perecido la escuadra francesa; el que con aquella maravillosa victoria asombró á sus propios generales, mereciendo que el valeroso Kleber se arrojára á abrazarle esclamando: «*General, sois tan grande como el mundo.*» Bonaparte, que por una casualidad supo en un dia los sucesos de Europa que durante medio año habia completamente ignorado <sup>(1)</sup>; ardiendo en deseos de volver á su patria,

(1) La casualidad fué la siguiente. En su anhelo de saber algo de Europa, y principalmente de Francia, no habiéndolo podido lograr por ningun medio, discurrió enviar un parlamento á la escuadra turca con pretexto de ajustar un cange de prisioneros, dando especial encargo al parlamentario de que procurase adquirir algunas noticias. Presentóse aquél al gefe de la escuadra, el almirante inglés Sidney-Smith, y como éste infiriese de la conversacion que Bonaparte ignoraba

absolutamente los acontecimientos de Europa y los desastres de la Francia, con el maligno propósito de mortificarle hizo que le llevase un gran paquete de periódicos que tenia. Bonaparte los recibió, los devoró con ansia, invirtiendo toda una noche en su lectura, supo por este medio de una sola vez mas de lo que hubiera podido averiguar en mucho tiempo, y al punto formó la resolucion de acudir á salvar su patria, intentando la travesía aun con el conocimiento del peligro continuo

se habia embarcado silenciosamente con solos algunos de sus queridos generales, y cuando en Francia preguntaban todos con ansiosa inquietud: «*¿qué hace? ¿dónde está? ¿cuándo viene?*» el héroe de Egipto surcaba ya los mares por en medio de las escuadras inglesas, tan sereno en su buque á la vista de las naves enemigas como lo habia estado siempre en las batallas.

Era esto en ocasion que otro genio militar salvaba la Francia en lo exterior con uno de los triunfos mas maravillosos que se registran en la historia militar de los modernos siglos. Massena, que mandaba los ejércitos de la Helvecia y del Danubio en número de setenta y cinco mil soldados, la fuerza mas considerable que el Directorio habia confiado jamás á un solo hombre, pero cuya inaccion habia sido tan censurada, acababa de ganar la célebre y memorable batalla de Zurich, uno de los milagros del genio y del valor (26 de setiembre, 1799), en que destrozó los dos ejércitos rusos de Korsakoff y de Suwarow, que componian mas de ochenta mil hombres. El consejo áulico de Viena, sacando al archiduque Carlos de Suiza y llevándole al Rhin, disponiendo que Suwarow dejase la Italia y se trasladase á Suiza so pretexto de la conveniencia de la reunion de los dos ejércitos rusos, habia sacrificado al interés político del Austria,

en que iba á verse de ser apresados por cualquiera de los muchos buques ingleses que surcaban aquellos mares.

su aliada, la Rusia, la única potencia que habia entrado desinteresadamente en esta coalicion y en esta lucha. Massena, por una série de sábias combinaciones que han sido la admiracion de todos los entendidos en el arte de la guerra, supo impedir oportunamente la reunion y derrotar ambos ejércitos uno tras otro, quitándoles la Suiza y rechazándolos á Alemania. Aquella gigantesca victoria salvó la Francia, Massena adquirió un renombre inmortal, y puede decirse que se disolvió la liga, porque el terrible Suwarow, justamente irritado contra los austriacos, no queria ya servir con ellos <sup>(1)</sup>.

Mas si bien con la brillante evolucion de Massena la Francia respiraba y se reponia en algun modo de sus desgracias esterioras, la perturbacion interior, la desorganizacion de los partidos, el desprestigio del gobierno, los desórdenes, la especie de disolucion social que amenazaba, hacian que todos apetecieran y buscaran con avidez un hombre, un genio superior capaz de sacar la nacion de la anarquía y del laberinto en que se agitaba. En tal situacion desembarcó Bonaparte en

(1) Fué tanto mas sensible á Suwarow este contratiempo y esta conducta del Austria, cuanto que acababa el emperador de conferirle el título de *Principe Itálico*, declarando con singular entusiasmo que era el mas grande entre todos los generales pasados, presentes y futuros. Mucho sufrieron este aguerrido general y sus soldados en su traslacion de Italia á Suiza, y principalmente en

las marchas y contramarchas por las montañas, gargantas y desfiladeros de la Helvecia, sosteniendo diariamente recios y desesperados combates, hasta que unido con Korsakoff se retiró á Baviera, maldiciendo de los austriacos. Al cabo de algun tiempo se volvieron ambos generales á Rusia con la mitad de la gente que de allí habian sacado.

Frejus (9 de octubre, 1799). En su marcha desde Frejus á París, las ciudades y todas las poblaciones del tránsito le aclamaban con frenético delirio. Cuando á las dos horas de su llegada á París se encaminaba al Directorio, *¡Viva Bonaparte!* gritó la guardia al reconocerle. Pronto su casa de Chantereine se hizo el centro á que acudian diariamente á felicitarle y como á rendirle homenaje directores, ministros y ex-ministros, diputados de ambos Consejos, generales, magistrados, gefes y ayudantes de la guardia nacional, todas las personas distinguidas de todas las clases y opiniones. Además de los generales Lannes, Murat y Berthier que habia llevado consigo, le rodeaban Jourdan, Augereau, Macdonald, Beurnonville, Moreau, Lefebvre, Leclerc y Marbot, pertenecientes, como los directores y diputados, á todos los partidos políticos. Y todos le halagaban, esperando unos y temiendo otros de aquel hombre extraordinario <sup>(1)</sup>. Bonapar-

(1) Los principales partidos políticos entonces eran: los jacobinos ó patriotas exaltados; los verdaderos republicanos, pero enemigos del terror; los moderados ó políticos, que deseaban una constitucion menos libre, con tal que les diera mas paz; y el llamado de los *corrompidos* ó *podridos*, compuesto de gente de todas las fracciones, que solo habian buscado siempre el ser gobierno á cualquiera costa, hacer fortuna, y conservar sus destinos y su dinero. En el Directorio Barrás era el representante de estos últimos; Gohier y Moulin de los primeros; Sieyes y Roger-Ducós representaban los políticos ó moderados.—Los jacobinos ó patriotas desconfiaban de Bonaparte, pero deseaban que destruyera lo existente, dejando para luego lo que después hubieran de hacer. Los republicanos templados rezelaban que fuese poco afecto á la república, y le hubieran querido en las fronteras ganando laureos militares, ó cuando más le habrian dado una plaza en el Directorio. Los realistas no podian esperar nada de él, porque comprendian que un hombre como Bonaparte no habia de trabajar

te oía y observaba á todos, estudiaba la situación de la Francia, la tendencia de cada partido y el carácter de sus corifeos; guardaba una prudente reserva, y sin franquearse con nadie calculaba á quién le convendría unirse. Ya se fué advirtiendo que se inclinaba á los políticos, que era en efecto el partido mas sensato y el mas numeroso de la Francia. Sucesivamente fué desairando á Barrás, á Gohier y á Moulin, á quienes solo alguna contestacion desabrida de Bonaparte bastó para considerarse perdidos. Sus simpatías de opinion y de mérito le unieron al fin con Sieyes, haciendo desaparecer ciertas antipatías personales. El genio político y el genio militar se acercaron y se entendieron para preparar un gran golpe de estado. Murat, Lannes y Berthier le ganaban diariamente los gefes del ejército, logrando la adhesion importante de Moreau. Los hermanos de Bonaparte, Luciano y José, le hacian prosélitos en ambos Consejos. Adoptóse ya un plan en junta secreta, y se acordó la forma de gobierno que se habia de establecer. Por todas partes circulaba el rumor de que iba á efectuarse un gran acontecimiento que nadie sabia determinar.

Asi las cosas, y preparado todo con la reserva, el tino y la prevision de hombres de tan gran talento, advirtiósse en la mañana del 18 de brumario un mo-

por colocar á otro en un trono. Solo los moderados ó políticos deseaban sinceramente un cambio en la constitucion y en el gobierno á la sombra de un hombre poderoso, con prestigio y con fuerza para acabar con las facciones turbulentas.

vimiento imprevisto. Todos los generales y oficiales que habia en París acudian de gran gala á la calle de Chantereine, donde vivia Bonaparte. Sieyes y Roger-Ducós marchaban á caballo en direccion de las Tullerías. Reuníanse los Consejos de los Ancianos y de los Quinientos. Nada sabian Gohier, Moulin y Barrás. En el de los Ancianos se presenta una proposicion para que el Cuerpo legislativo se traslade á Saint-Cloud: la minoría se conmueve, la mayoría la aprueba, y se da el decreto. Se nombra á Bonaparte general en gefe de todas las tropas de París, de la guardia del Cuerpo legislativo, de la del Directorio, y de la guardia nacional. Se envia un mensajero á Bonaparte para que acuda á la barra, reciba el decreto y jure en manos del presidente. Bonaparte arenga á toda la oficialidad, le dice que la Francia está en peligro, y que cuenta con ella para salvarla. El general Lefebvre se muestra irritado. «Y bien, Lefebvre, le dice Bonaparte, ¿dejareis perecer la patria en manos de esos *abogados*? Uníos á mí para salvarla: tomad ese sable; es el que yo llevo en las Pirámides.—Pues bien, replicó Lefebvre conmovido; echemos de cabeza al rio á los abogados.» Monta en seguida á caballo, va al Consejo, llevando como ayudantes á Moreau, Macdonald, Berthier, Lefebvre, Murat, Lannes, Leclerc y casi todos los generales de la república; se presenta en la barra, y dice: «Ciudadanos representantes: la república iba á perecer, y con vuestro decreto se ha salvado. ¡Desgraciados los

»que quisieran oponerse á su ejecucion! Auxiliado por  
 »todos mis compañeros de armas que veis reunidos  
 »alrededor de mí, sabré reprimir sus tentativas.....  
 »Queremos la república cimentada en la verdadera li-  
 »bertad y en el sistema representativo..... Y juro en  
 »mi nombre y en el de mis compañeros de armas que  
 »lo conseguiremos.—Lo juramos todos,» repitieron  
 los generales. Pasa al jardin de Tullerías, arenga á los  
 soldados, les dice que va á hacer una grande y  
 gloriosa revolucion, y todos gritan: «¡Viva Bona-  
 parte!»

Su hermano Luciano, que presidia el Consejo de  
 los Quinientos, hace leer el decreto del de los Ancia-  
 nos, levántanse desaforados gritos, pero Luciano les  
 impone silencio, y los hace obedecer y disolverse.  
 Faltaba obligar á los directores á renunciar: Sieyes y  
 Roger-Ducós, de acuerdo con Bonaparte, presentan su  
 dimision: Talleyrand y Bruix se encargan de compro-  
 meter á Barrás á que presente la suya. Gohier y Mon-  
 lin que estaban en el Luxemburgo como bloqueados  
 por Moreau, y que se resistian con entereza á dejar  
 sus cargos, piden una entrevista con Bonaparte, y sos-  
 tienen con él fuertes y ágrios altercados; pero de he-  
 cho el gobierno directorial estaba disuelto.

Conviénese por la noche en lo que se habia de ha-  
 cer al dia siguiente en la reunion de los dos consejos  
 en Saint-Cloud, y se acuerda el nombramiento de tres  
 cónsules, Bonaparte, Sieyes y Ducós, y la suspension

de los Consejos hasta el 1.º de ventoso. Pero al dia  
 siguiente todo presenta un aspecto sombrío para Bo-  
 naparte, y todo parece conjurarse para deshacer sus  
 proyectos. A las dos de la tarde se abre la sesion de  
 ambos consejos en Saint-Cloud. Bonaparte está á ca-  
 ballo al frente de las tropas; Sieyes, Ducós y otros  
 personajes, con sillas de posta preparadas para em-  
 prender la fuga en caso de malograrse el golpe de es-  
 tado: Jourdan, Augereau y Bernadotte, esperando que  
 una decision legislativa les diera derecho á atraerse  
 las tropas y acuchillar á los revolucionarios. Un dipu-  
 tado de los Quinientos hace una proposicion favorable  
 á aquellos planes, y estalla en la Asamblea un espan-  
 toso tumulto, prorumpiendo en desaforados gritos de:  
 «¡Fuera dictadores! ¡Fuera tiranos! Viva la Constitu-  
 cion del año III.» Los sucesos, pues, tomaban un giro  
 peligroso, y encontrando Augereau á Bonaparte le di-  
 ce en tono buslesco: «¡Amigo, estais en una buena si-  
 tuacion!—Peor iban las cosas en Arcole,» le respondió  
 aquél: y encaminándose al frente de su estado mayor  
 á la barra de los Ancianos, y tomando conmovido la  
 palabra, pronuncia con voz trémula un discurso, cu-  
 yas últimas frases, dichas ya con enérgico y robusto  
 acento, reanimaron á los suyos é intimidaron á los  
 contrarios: «No olvideis, les dijo, que yo marché acom-  
 pañado de la fortuna y del dios de la guerra.»

Desde alli pasa al de los Quinientos, mas al llegar  
 al medio del salon le atruenan los gritos de: «¡Muera

el dictador! ¡Muera el tirano!» Multitud de diputados se abalanzan á él y le rodean, insultándole y amenazándole; acuden los granaderos que habia dejado á la puerta, y le libran arrancándole fuera del salon. Continúo la tempestad dentro de la asamblea: pedíase á grandes voces que se pusiera al dictador fuera de la ley: entonces fué cuando el presidente Luciano, quitándose la toga y el bonete, exclamó: «¡Miserables! ¡Quereis que ponga fuera de la ley á mi propio hermano! Renuncio la presidencia, y voy á la barra á defender al acusado.» Bonaparte que lo oía desde fuera envia diez granaderos á que saquen de allí á su hermano. Juntos ya los dos, montan á caballo y recorren la línea de las tropas. «El Consejo de los Quinientos está disuelto, les dice Luciano; lo declaro yo, que soy el presidente. Se han introducido asesinos en el salon de sesiones y violado la mayoría, por lo tanto os mando que marcheis á salvarla.» Un batallon de granaderos se presenta á la puerta del salon: «Granaderos, marchen,» gritan los oficiales: penetran los granaderos, y dispersan á los diputados, que salen huyendo, unos por los pasillos y otros por las ventanas, con sus togas senatoriales. Bonaparte ha vencido, y queda dueño de la situacion. Aquella noche se revistió de todo el poder ejecutivo á Bonaparte, Sieyes y Ducós, con el nombre de cónsules; se suspendieron los Consejos hasta el 1.º de ventoso; de ellos se sacaron dos comisiones de á veinte y cinco, que en union con los cón-

sules quedaron encargadas de redactar otra Constitucion. Tal fué la revolucion del 18 y 19 de brumario, que cambió enteramente la forma de la república y el gobierno de la Francia (1).

En todo este tiempo España habia continuado siendo y conduciéndose como aliada, no solo fiel, sino hasta sumisa, de la república. El rey y los ministros lo sacrificaban todo al mantenimiento de esta alianza. Nuestras escuadras se movian segun los avisos ó segun las órdenes que se comunicaban de París, siquiera nos ocultasen el objeto de los movimientos que iban á ejecutar. La escuadra de Mazarredo salia de Cádiz ó se mantenía allí bloqueada por la inglesa, segun que lo disponia el Directorio. El ministro de Marina, Lángara, daba cuenta al gobierno francés, cuando éste lo pedía, del número y estado de los buques que teniamos en Cádiz, en el Ferrol y en Cartagena, y gracias si antes de llegar sus oportunas é incontestables observaciones al Directorio desistió de llevarlos

(1) Con la relacion de este suceso termina Thiers su Historia de la Revolucion francesa, en la cual no dejamos de extrañar que, siendo España la única nacion, ó por lo menos la única monarquía aliada de la república, siendo la que le prestaba mas auxilios contra Inglaterra, siendo sus escuadras y sus tropas las únicas con que contaba para ir reparando los descalabros de su marina, defender sus puertos, ó acometer cualquiera empresa naval, y sien-

do su embajador en París tan considerado del Directorio y tan influyente en las resoluciones mismas del gobierno, apenas mencione á España en su Historia sino someramente y como por incidencia, y omita de todo punto servicios importantes que esta nacion prestó á la república en el período de que tratamos, y la parte que tuvo en las operaciones y combinaciones de las guerras que se hacian ó se intentaban.

á Tolon, donde hubieran sin duda perecido á manos de Nelson, como la escuadra francesa en Abukir. Es admirable la docilidad con que nuestro gobierno acogia los planes de expediciones marítimas que después le iba proponiendo el Directorio: expedicion á Brest para el desembarco en Irlanda; expedicion á Santo Domingo para intentar desde allí la reconquista de la Jamaica; expedicion al Mediterráneo para socorrer á Malta; para las cuales, si bien no se verificaron, se hicieron preparativos. Solo resistió Carlos IV. con noble firmeza á una pretension ya injuriosa de la Francia; la de que los navíos de Cartagena que no tuviesen la dotacion correspondiente fuesen llevados á Tolon para tripularlos con marinería suya y ponerlos al mando de oficiales franceses. «Mientras que un navío lleve el nombre español, respondió el ministro Urquijo, no consentiré S. M. que le tripule marinería estrangera, ni le mande ningún oficial que no sea de la marina real: si la Francia quiere comprarlos, se le venderán, á cuyo fin se presentará una flota con el precio de ellos.» Se hizo en efecto la valuacion y se le envió al Directorio, pero no los compró. En cambio obtuvo permiso para construir buques de guerra en el puerto español de Pasages.

Quiso después que se reuniesen para salir juntas al mar las escuadras española y francesa, de Cádiz y de Brest, mandada aquella por Mazarredo, ésta por el almirante Bruix, viniendo Bruix á Cádiz á buscar la

española (1). El general francés dejaba entender que el objeto de la reunion de las fuerzas navales aliadas era la reconquista de Mahon, que tanto interesaba y en que tanto empeño tenia Carlos IV. Nuestro embajador en París estaba creyendo que se proponian hacer el desembarco de tropas en Irlanda. Una feliz casualidad le descubrió, con sorpresa que el verdadero plan era llevarlas á Egipto ó á Siria para auxiliar las operaciones de Bonaparte. Inmediatamente pasó al Directorio, quejóse enérgicamente de su proceder con el monarca español su amo; espuso los peligros inminentes de la ida de las escuadras á Egipto, y tuvo la fortuna de convencer al Directorio y de lograr la suspension del fatal proyecto (2). Cuando esto supo el gabinete de Madrid por conducto del mismo Azara, le contestó encargándole disuadiese de nuevo á los direc-

(1) Archivo del Ministerio de Estado, Leg. 50, núms. 9, 47, 81, y otros.—Leg. 51, Correspondencia de Mazarredo y de Gravina, núms. 4 y 2.

(2) Hé aqui la manera casual y curiosa como lo supo Azara, segun lo refiere él mismo. Una mañana se le anunció y presentó una jóven de buen porte y bastante agraciada, que habia mostrado mucho deseo de hablarle: recibíola, no sin alguna sospecha del objeto con que suelen hacerse en París tales visitas. Mas luego le manifestó ser la prometida de un oficial francés del ejército de Egipto, y le suplicaba que, pues iba á partir para aquel pais la escuadra española, le hiciera el ob-

sequio de dirigir con toda seguridad una carta para dicho oficial. Dijole Azara que estaba en una equivocacion, pues la escuadra española llevaba rumbo y destino muy diferente. Insistió la jóven en que iba á Egipto, y dió tales pruebas de saberlo con certeza, designando la persona que la habia informado, que Azara comenzó por vacilar y acabó por inclinarse á creerla. Ofreció enviar la carta, y apenas despidió á la jóven, pasó á ver á su amigo Talleyrand, con quien, usando de la confianza que tenia, descargó todo su enojo de verse juguete de los Abogados, y juntos fueron en seguida al Directorio.